

Santiago

La lucha por el control

4.1–10

«¿De dónde vienen las guerras y los pleitos entre vosotros? ¿No es de vuestras pasiones, las cuales combaten en vuestros miembros? Codiciáis, y no tenéis; matáis y ardéis de envidia, y no podéis alcanzar; combatís y lucháis, pero no tenéis lo que deseáis, porque no pedís. Pedís, y no recibís, porque pedís mal, para gastar en vuestros deleites. ¡Oh almas adúlteras! ¿No sabéis que la amistad del mundo es enemistad contra Dios? Cualquiera, pues, que quiera ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios. ¿O pensáis que la Escritura dice en vano: El Espíritu que él ha hecho morar en nosotros nos anhela celosamente? Pero él da mayor gracia. Por esto dice: Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes. Someteos, pues, a Dios; resistid al diablo, y huirá de vosotros. Acercaos a Dios, y él se acercará a vosotros. Pecadores, limpiad las manos; y vosotros los de doble ánimo, purificad vuestros corazones. Afligíos, y lamentad, y llorad. Vuestra risa se convierta en lloro, y vuestro gozo en tristeza. Humillaos delante del Señor, y él os exaltará» (4.1–10).

Cuando fui estudiante de la *International Bible College* (*Universidad Bíblica Internacional*), recuerdo un día durante el devocional haber escuchado a un predicador muy conocido, y que había viajado bastante, decir: «El problema número uno que tenemos en la iglesia es que no sabemos cómo llevarnos bien con los demás». Como es el caso con la mayoría de los estudiantes universitarios jóvenes, me dejaba impresionar con facilidad, y esa declaración se me quedó grabada. Fui influenciado por tal declaración por varias razones. En primer lugar, los viajes y contactos de la persona que hizo la declaración me impresionaban. Luego, el hecho de que existan tantas divisiones dentro de nuestra fraternidad me impresionó. La edición de 1987 de *Where the Saints Meet* (*Donde se reúnen los santos*) mencionó diecinueve

diferentes apartados de las iglesias de Cristo. Por último, recordé haber escuchado de iglesias vibrantes en crecimiento que estaban «cavando su propia tumba» por culpa de algún desacuerdo inútil, controversia o ruptura. Sin embargo, de lo que se recoge del presente texto, Santiago 4.1–10, veremos que lo anterior es tan solo un síntoma del problema y no el problema en sí.

Por los escritos de Santiago, nos estamos dando cuenta de que los cristianos de sus días no son muy diferentes de los cristianos de hoy. Sus vidas estaban plagadas de problemas internos como externos. Tenían dificultades para relacionarse adecuadamente con los demás, especialmente con los de otra posición económica. Muchos de ellos no estaban permitiéndole a su fe causar un impacto en la forma como se comportaban. Algunos estaban hablando demasiado, es decir, discutían, criticaban o hablaban mucho de sí mismos. Ahora vemos que estos primeros cristianos eran como nosotros de otra manera también: En lugar de mantener un clima de paz necesario para producir justicia (3.18), vivían en un ambiente de constantes «guerras y los pleitos» (4.1).

Santiago los confronta (y a nosotros también) con la razón por la cual no pueden llevarse bien entre sí.

EL CONFLICTO (4.1–3)

Inmediatamente (4.1), Santiago desea que conozcan el origen del problema de ellos, la fuente de sus «guerras y pleitos». Santiago estaba hablándoles a cristianos confesos. Usó la frase, «entre vosotros». No estaban llevándose bien entre sí como seguidores de Cristo que eran. Para nuestra sorpresa, cuando estudiamos algunas de las iglesias neotestamentarias, descubrimos que tenían sus propios desacuer-

dos. Los miembros de la iglesia en Corinto estaban enfrentándose en los tribunales y compitiendo entre sí en las reuniones (1ª Corintios 6.1–8; 14.23–40). Los creyentes de Galacia estaban «mordiéndose y comiendo» entre sí (Gálatas 5.15). Incluso en la iglesia de Filipos, tan amada por Pablo, había dos mujeres que no lograban llevarse bien (Filipenses 4.2, 3). Santiago está abordando un problema que existía en la iglesia primitiva y sigue existiendo en nuestros días.

Es abrumador pensar en la intensidad de las palabras con las que Santiago describe el problema. La NIV es probablemente débil con su traducción, «peleas y disputas». Otras traducciones importantes (KJV, ASV, RSV) consignan «guerras y pleitos». En 4.1–3, Santiago utiliza el lenguaje de la guerra en un sentido metafórico. Sin embargo, solamente porque Santiago esté usando metáforas, no les restemos fuerza a sus palabras ni el horror que las mismas desean dejar impactado en nuestros corazones. Debido a los avances de los medios de comunicación en el siglo veintiuno y a los informes diarios de guerras reales en todo el mundo, nuestros sentidos se han endurecido. De entre todas las generaciones, somos probablemente los menos capaces de sentir indignación personal y moral ante el vocabulario de la guerra. Necesitamos despertar nuestra sensibilidad a lo que Santiago está diciendo. Santiago eligió el vocabulario de la guerra para expresar las controversias y disputas, los rencores y los malos sentimientos entre los cristianos, porque no hay otra manera de expresar el horror de la misma, y no porque no haya otra manera de expresarlo. Está viendo, y desea que nosotros veamos, las relaciones dentro de la iglesia local a través del ojo de Dios.

Como si fuera un cirujano experto, Santiago nos abre para revelar el cáncer que está destruyendo el cuerpo. La razón por la que no se llevaban bien los cristianos de los días de Santiago (y del siglo XXI) es que estaban siendo gobernados y controlados por sus propias pasiones y deseos (4.1b), esto es, una lucha constante que ocurre dentro de los cristianos por el control. Santiago usa un lenguaje gráfico para describir la lucha interna del creyente. La lucha es debido a la elección que hacemos entre una vida egoísta y una no egoísta.

Cuando se escogió lo equivocado, el deseo personal incontrolado estaba imponiéndose en las actitudes y acciones de un cristiano para con otro (4.2). Obviamente, las relaciones estaban siendo destruidas dentro de la iglesia local. Algún cristiano deseaba el respeto que se le estaba dando a alguien más y haría cualquier cosa para conseguirlo. La situación de ellos se había deteriorado; sus ora-

ciones incluso estaban siendo corrompidas por sus deseos (4.2, 3).

¿Tenemos este problema hoy? ¡Sí! La mayoría de los problemas en la iglesia provienen de la interrogante, «¿Quién va a estar a cargo o en control?». Esta clase de problemas son alimentados por nuestros propios deseos egoístas que Santiago describió en el capítulo anterior como «celos amargos y contención». Nos convencemos de que tenemos todas las respuestas y no logramos entender por qué las personas no vienen a nosotros en busca de liderazgo. Cuando no acuden a nosotros, manipulamos a las personas y sus situaciones para que nos busquen.

El problema es que el lenguaje que utiliza Santiago suena tan extravagante y exagerado que nos sentimos obligados a rechazar rotundamente la idea de que nuestros desacuerdos y disputas merezcan tal descripción. Si así es como lo analizamos, tan solo demostramos cuán imperfectamente han sido sometidos nuestros pensamientos a la obediencia de Jesús. ¿Estaba Jesús exagerando cuando dijo que cualquiera que se enojara contra su hermano sería culpable de juicio (Mateo 5.21, 22)? ¿Estaba Juan exagerando cuando dijo que cualquiera que no amara a su hermano era como Caín (1ª Juan 3.11, 12)? Somos los que han minimizado la importancia de las relaciones correctas en la iglesia local. Como que le sonreímos (con el tipo equivocado de tolerancia) al hermano o hermana susceptible que no se lleva bien con nadie. Nos encogemos de hombros cuando dos miembros disienten y no se llevan bien entre sí. Es mejor que aprendamos a nunca ser tolerantes de la «guerra» ni a encogernos de hombros ante los «pleitos».

LA CONDENA DEL EGOÍSMO (4.4–6)

Nuestro propio egoísmo está destruyendo la paz que podría producir una cosecha de justicia. Por lo tanto, Santiago se pone muy serio (4.4). Nuestro egoísmo no solamente ha destruido nuestras relaciones con los demás, también nos ha separado de Dios. Para entender lo que está diciendo Santiago, tenemos que darnos cuenta de que en el Nuevo Testamento, el pueblo de Dios es descrito como Su esposa. Nuestra fe en el Señor implica decir: «Acepto». Ser fiel a todo deseo que no sea la voluntad de Dios es equivalente a cometer adulterio espiritual. Ser controlado por las actitudes egoístas del mundo es totalmente incompatible con la lealtad a Dios. Necesitamos elegir; tiene que ser Dios o nuestro ego el que tome el control; ambos no pueden ocupar el primer lugar.

El pasaje de Santiago 4.5, «¿O pensáis que la Escritura dice en vano: El Espíritu que él ha hecho

morar en nosotros nos anhela celosamente?», es difícil para el interprete y el expositor. Hay un par de problemas en el versículo. En primer lugar, las palabras «la Escritura dice» crean la expectativa de que algún pasaje está a punto de ser citado, o por lo menos aludido, sin embargo, la expectativa no se cumple. En segundo lugar, los entendidos en la materia no se ponen de acuerdo sobre cómo debe ser traducida la última mitad del versículo. Las diferentes traducciones resaltan este hecho, diciendo: «... el espíritu que mora en nosotros codicia la envidia?» (KJV), o «... Él anhela celosamente el espíritu que ha hecho morar en nosotros» (RSV). Aun sin poder resolver estos problemas, parece lógico pensar que nuestro Dios es un Dios celoso y que ha dado Su Espíritu al creyente y no puede evitar ver con celos cualquier espíritu rival. Dios anhela la devoción individual total de cada corazón.

Sin embargo, este Dios celoso es un Dios lleno de gracia. Santiago dice: «Pero él da mayor gracia. Por esto dice: Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes» (4.6). Ya sabemos que el ideal de Dios es el compromiso total. Sin embargo, todos tendríamos que admitir que ha habido momentos en los que hemos dejado al Señor para ir tras lo que deseamos. El Señor hace grandes exigencias y da mucha gracia para poder cumplir esas exigencias. La elección es obvia para los creyentes. Pueden humillarse y recibir la gracia de Dios o continuar con su actitud egoísta y experimentar la oposición de Dios.

LA ELECCIÓN (4.7–10)

Para librar nuestra vida de egoísmo y dejar que Dios tome el control, Santiago les dice a los cristianos que no cedamos a nuestros deseos, sino que nos «[Sometamos], pues, a Dios» (4.7). La palabra «someteos» es ante todo un término militar y significa «figurar por debajo». Para curarse de egoísmo, el cristiano tiene que ponerse bajo las órdenes del Señor.

La sumisión es uno de los temas difíciles de la Biblia. A veces, cuando vemos el término, nos detenemos a preguntar: «¿Qué quiere decir eso?» o «¿Cómo lo hago?». Sin embargo, jese no es el problema en Santiago! Santiago le completa el cuadro de sumisión al creyente haciendo una lista de cinco pasos como parte de esa sumisión.

En primer lugar, «resistid al diablo, y huirá de vosotros» (4.7). El diablo no tiene más poder sobre el cristiano que la capacidad de hacer que el mal luzca atractivo. Una vez que logra superar el brillo

y resista el coqueteo del diablo, Santiago promete que se alejará de usted.

En segundo lugar, «Acercaos a Dios, y él se acercará a vosotros» (4.8). Nuestro pecado y egoísmo nos han separado de Dios. Para que nuestro egoísmo sea curado, el creyente tiene que volver a una relación íntima con el Señor.

En tercer lugar, «Pecadores, limpiad las manos; y vosotros los de doble ánimo, purificad vuestros corazones» (4.8). Santiago sabe que cuanto más nos acerquemos al Señor, más repugnante se vuelve el pecado en nuestra propia vida. El egoísmo ha contaminado nuestra vida y es necesaria la purificación. Con las palabras «manos» y «corazones», está diciendo que necesitamos ser limpiados por dentro y por fuera.

En cuarto lugar, «Afligíos, y lamentad, y llorad. Vuestra risa se convierta en lloro, y vuestro gozo en tristeza» (4.9). Haciendo eco de las palabras de Jesús (Mateo 5.4), Santiago dice que si de verdad hemos de someternos a Dios, entonces tenemos que estar verdaderamente arrepentidos.

En quinto lugar, «Humillaos delante del Señor, y él os exaltará» (4.10). Tenemos que darnos cuenta de que somos lo creado y Jehová es el Creador. Cuando lleguemos a ese entendimiento, el mismo nos ayuda a tener un estado de ánimo propicio para la obediencia. Nos ayuda a comprender el papel que como siervos llevamos a cabo, no nuestra propia voluntad, sino la voluntad de nuestro Padre en el cielo. Ser sumiso a Dios conduce a grandes bendiciones espirituales. La exaltación de la que Santiago está escribiendo apunta a una vida superior. La imagen que Santiago describió fue la de una persona postrándose ante un monarca oriental, suplicando misericordia. El monarca se inclina desde su trono y levanta del suelo el rostro del suplicante. Este se levanta con gran gozo, sabiendo que el rey le ha concedido su petición.

CONCLUSIÓN

¿Vemos la importancia de lo que Santiago está diciendo en el presente texto? Nos damos cuenta de que «las guerras y los pleitos» entre hermanos son un asunto serio. ¿Podemos ver que «las guerras y los pleitos» son causados por nuestros deseos egoístas? ¿Podemos ver que estos deseos egoístas nos han causado prostituirnos en nuestra relación con Dios? La única manera de librarnos de estos deseos egoístas es sometiéndonos por completo a Dios.

¿Se ha entregado usted ya en sumisión a Dios?